

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes, Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA

3 de abril de 2005.

Juan 20, 19-31

1.- Afianzar la unidad. “*Jesús realizó además muchos otros signos en presencia de sus discípulos, que no se encuentran relatados en este Libro. Estos han sido escritos para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y creyendo, tengan Vida en su Nombre*”^[1]. El testimonio de los Apóstoles sostiene la fe del pueblo cristiano. Lo hace hoy, por sus sucesores, garantizando la eficacia innegable de la Pascua del Señor. Es importante afianzar la unidad de la Iglesia en el servicio evangelizador que ofrece al mundo. La incredulidad que infecta ámbitos sociales, otrora animados por la fe cristiana, se debe, en gran parte, al decaimiento de la unidad “*de fe y caridad*” de los bautizados. La razón de ese debilitamiento está en la ignorancia religiosa y en la distorsión causada por el cisma interno y el fariseísmo de muchos. Es preciso atender el testimonio auténtico de los Apóstoles como sus actuales sucesores lo ofrecen. El Apóstol y evangelista Juan, desde su fecunda ancianidad, así lo formula: “... **para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y creyendo, tengan Vida en su Nombre**”. Necesitamos recomponer la atención a ese permanente “*testimonio apostólico*” y evitar que los criterios personales actúen de ilegítimos fiscales de dicho testimonio. El estado actual del mundo reclama, sin palabras, ser evangelizado por la Iglesia conducida por Cristo y animada por su Espíritu. Por la fe en la Resurrección se produce la Vida. El mundo necesita ser notificado de ese acontecimiento, por quienes deben hacerlo, y establecer con el mismo una relación directa y transformadora.

2.- El verdadero Camino. Enfrentamos una realidad en la que se entreveran factores contradictorios: la muerte y la vida, el odio y el amor, la paz y la violencia, la generosidad y la mezquindad, la fidelidad y la traición, la verdad y la mentira... Una sociedad medio muerta que necesita recuperar la vida. ¿Por qué caminos? Han fracasado tantos intentos, han quedado a medio andar tantos buenos propósitos, han triunfado tantos fracasos. Pero el “**Camino**” se ha trazado vigorosamente sobre el desierto, en la enmarañada selva de la furia fratricida, en el tironeo producido por quienes quieren adueñarse de los otros y esclavizarlos. La impopularidad bulliciosa ha intentado borrarlo de la historia y condenarlo al olvido. Pero Cristo es “*Señor de la historia*” y ha otorgado su Espíritu a la Iglesia y a todos los hombres. Es el Camino siempre abierto, a veces poco transitado, que conduce a la Verdad y a la Vida. Es un imperativo ineludible que lo proclamemos quienes somos testigos herederos de los Apóstoles. Me refiero a los maltrechos Obispos, en comunión con el Papa, y a la Iglesia que deben conducir e ilustrar por su Magisterio y Sacerdocio. Cometeríamos una traición histórica imperdonable si ocultáramos esta Verdad por temor a la tormenta mediática desatada contra los Pastores. Jesús, en el huerto de los Olivos, repite dos veces que Él es la persona buscada: “**Les preguntó nuevamente: ¿A quién buscan?. Le dijeron: A Jesús, el Nazareno. Jesús repitió: Ya les dije que soy yo. Si a mí me buscan, dejen que estos se vayan**”^[2]. ¿A quienes buscan? preguntaríamos, hasta el cansancio, a quienes promueven la injusta e inclemente campaña contra la Iglesia Católica. Al escuchar algunas declaraciones periodísticas, que separan aspectos – reales o no – de su contexto propio, concluimos que existe una incentivación ideológica que las inspira “*ex profeso*”.

3.- Un acto de amor al mundo. Desearía que hubiera sólo error – y no maldad – en la manipulación despiadada que campea en algunos medios de comunicación y en ciertos operadores de extrema izquierda. La Iglesia – en sacerdotes y laicos – ha recorrido un sendero tortuoso de persecuciones y

martirio. No nos sorprende su reiteración actual. Tampoco queremos entrar en la categorización de “pobres víctimas”. Desde Jesús, el ingrediente inseparable de la historia de la Iglesia es la contradicción. En ella se encarna la fuerza transformadora de la gracia de Cristo para quienes quieran recibirla. El deseo ardiente de hacer conocer a Cristo, muerto y resucitado, es un verdadero acto de amor al mundo. No basta dar de comer al hambriento si no le ofrecemos el pan de la Verdad; no basta cubrir al desnudo si no lo “revestimos” de Cristo, su Salvador; no basta restablecer la justicia humana sin conexión con la que Cristo restauró con su Muerte y Resurrección; no basta dar de beber al sediento si le ocultamos la fuente de la que mana el agua viva; no basta trabajar por el hombre si no le presentamos a su modelo, de quien tiene que aprender a ser hombre: Jesucristo. ¡Qué distante se halla esta convicción de cierto altruismo afectivo, sin referencia al amor cristiano! Pero, para establecer vínculos tan serviciales con las culturas del mundo actual, se impondrá no temer al desafío del disenso y de la obligación de exponer honestamente todo el contenido de la fe. Ello nos llevará a reclamar el derecho a un espacio razonable donde exponer nuestra verdad. Que no aparezca ella como machete cercenador de cabezas sino como un ofrecimiento cordial a ser escuchada para una opción libre y responsable. Existe la acción innegable del Espíritu Santo que trabaja en los corazones preparándolos para ser fieles al Evangelio. Se produce silenciosa y secretamente y se pone de manifiesto cuando llega la hora de la opción responsable.

4.- Esgrima argumental y diálogo. Es esencial a la evangelización la firme e inquebrantable confianza en la gracia de Cristo. La gracia acompaña y completa la obra de la evangelización. Sin ella todo esfuerzo es inútil y toda habilidad académica resulta insuficiente. El intercambio es bueno y constructivo, la esgrima argumental respetuosa conduce al diálogo y al respeto por la verdad, cuando se insinúa y aparece. Lamentablemente estamos tan inficionados de soberbia y egoísmo, todos, que, sin imaginarlo, acabamos sirviéndonos a nosotros mismo y no a la Verdad. La Iglesia ha recibido lo que enseña; está asistida por el Espíritu Santo para ser fiel a lo que ha recibido y ofrecerlo humildemente a todos, sin deformarlo. No debe preocuparse del éxito de su gestión sino de que la Palabra llegue auténticamente a todos los hombres. Quizás no pueda comprobar de inmediato el fruto de su acción evangelizadora, pero, la semilla estará profundamente depositada en el corazón del mundo. Tarde o temprano, por el cauce doloroso de la cruz, y a veces del rechazo, se producirá una abundante mies. Dios se entiende con los hombres “*a su manera*” y nos da una lección admirable de respeto y misericordia hacia las personas y sus diversos itinerarios. La “*omnipotencia*” es una tentación que nos acecha en todo momento. Sólo Dios es omnipotente y ¡qué ejemplar es el ejercicio de su omnipotencia!

5.- Fidelidad a lo recibido. Esta convicción no nos exime del trabajo empeñoso por formular la Verdad recibida - el Evangelio de Jesús - y por hacerla llegar a todos. La Iglesia no cesará jamás de comunicar lo que ha recibido de Cristo, en la forma testimonial seleccionada para ello por el mismo Señor. Se esforzará por evitar el estilo antipático de la imposición dictatorial y preparará los ambientes para que la palabra evangélica sea escuchada con ánimo bien dispuesto. Los santos así lo entendían. El Padre Carlos de Foucauld, que será beatificado el 15 de mayo, afirmaba humildemente: “**No se trata de una evangelización propiamente dicha (la mía). Yo no soy digno ni capaz de eso, ni tampoco ha** ^[3]
llegado la hora. Es un trabajo preparatorio del Evangelio, despertar la confianza y la amistad”.

[1] Juan 20, 30-31.

[2] Juan 18, 7-8.

[3] Itinerario Espiritual. Carlos de Foucauld. De Francois Six. Pág. 256

[Volver](#)